

Vilda Rodríguez
Méndez

*Acercas de los orígenes
del pensamiento
cubano: luces y sombras
en los enfoques actuales
de sus fuentes*

«No tenían noción de la trascendencia mundial de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Europa. La revolución está en marcha y nadie podrá detenerla...»

El siglo de las luces.
ALEJO CARPENTIER

Cuando Antonio Bachiller y Morales afirmaba que el sacerdote Gregorio Díaz Ángel puso la primera piedra de la Ilustración en Cuba, al donar el 15 de octubre de 1720 parte de sus bienes para la fundación del Colegio de los Jesuitas de La Habana,¹ daba pie, ya en la primera mitad del siglo XIX, para la reflexión acerca de lo que realmente significó para nuestro continente ese vasto movimiento cultural conocido en Europa como Ilustración.

Si se tiene en cuenta que el donativo del Padre Ángel tuvo lugar en un momento en que la Ilustración Francesa era todavía incipiente: Voltaire y Montesquieu con 26 y 21 años respectivamente no habían publicado aún lo más fecundo de su producción científica, Condillac tenía quince años, La Metrie once, Rousseau ocho, Diderot apenas tenía siete, y Holbach no había nacido; y en cuanto a la Ilustración Española, el primer tomo del *Teatro Crítico Universal* de Benito Jerónimo Feijoo apareció seis años más tarde, mientras que Carlos III sólo alcanzó el tro-

¹Ver: Antonio Bachiller y Morales: *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba* con introducción de Francisco González del Valle y biografía del autor por Vidal Morales, 3 vv., V.I, p. 286, Cultural, S.A., La Habana, 1936-37.

no en 1759, cabe preguntarse entonces, a qué se estaba refiriendo el erudito cubano exactamente.

Lo anterior descarta la posibilidad de que el polígrafo habanero decimonónico estuviera refiriéndose al movimiento ilustrado francés, en primer lugar, por su desfase cronológico con el hecho que tan entusiásticamente anuncia, y por otra parte, lleva a reconocer que tras las consabidas interrogantes acerca de si hubo o no un pensamiento ilustrado en España —cuya existencia se encuentra hoy fuera de toda duda— y si éste tuvo carácter autóctono o fue una mera copia del pensamiento ilustrado francés, se ha abierto paso en las últimas décadas entre los investigadores del pensamiento español la cuestión en torno a quiénes fueron los primeros ilustrados hispanos y cómo entroncan sus ideas con las que le precedieron, particularmente las del humanismo del siglo *xvi*, tanto el que floreció dentro de la Península Ibérica como en el resto de Europa, especialmente en los Países Bajos, junto a Erasmo de Róterdam, denominado *humanismo nórdico*, cuya influencia y arraigo en el pensamiento español de la época son bien conocidos.

De modo, que las dos tendencias fundamentales que durante mucho tiempo predominaron entre los detractores de la Ilustración Española: la que niega su existencia, planteando que en esa nación *se saltó el siglo xviii* y la que afirma que los españoles *se afrancesaron* y aceptaron acríticamente lo foráneo, se consideran igualmente erróneas e infundadas, recalándose que España sí tuvo su siglo ilustrado y que éste no estuvo signado solamente por ser la copia del movimiento reformista francés, sino que sus *luces* estaban en sintonía con lo más avanzado del pensamiento científico europeo de la época, a la vez que daban continuidad al pensamiento humanista español del siglo *xvi*.² Esta tesis al mismo tiempo presupone el reconocimiento de un pensamiento renacentista en la España de los quinientos, lo cual también en su momento fue puesto en tela de juicio.

El punto de fricción se encuentra actualmente en la consideración —difundida, según se afirma, a mediados del siglo *xx*

² Ver: Antonio Mestre Sanchís: «Prólogo», en *Historia General de España y América. La España de las reformas hasta el final del reinado de Carlos IV*, t. X-1, p. XII, Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1983.

gracias a una voz de crédito como la de Gregorio Marañón—³ del inicio en España de un Movimiento Ilustrado de ideas autóctonas y reflexiones originales a partir de la producción del Padre Feijoo y sus sucesores, la generación impulsada por el régimen del Despotismo Ilustrado de Carlos III, frente a una opinión cada vez más generalizada que apunta hacia el reconocimiento de la figura del polígrafo valenciano Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781) y el movimiento que le precedió a fines del siglo xvii e inicios del xviii, denominado *novator*, como los primeros ilustrados españoles, considerados, además, el eslabón que une a la Ilustración española con el humanismo del Renacimiento.

Este movimiento, formado por una serie de individuos (científicos, médicos e historiadores) que estaban en relación con las corrientes intelectuales europeas de la época era portador de una nueva mentalidad, promotora de la introducción del laicismo en las investigaciones filosóficas y religiosas y a su actitud científica se asocian los orígenes de ese primer grupo de ilustrados. Asimismo se considera que éste, junto con el pensamiento de Mayans, constituye un importante punto de enlace entre los siglos xvi y el xviii, y que el paso del Barroco a la Ilustración en España sería incomprendible sin el conocimiento de la personalidad intelectual del erudito valenciano.⁴ Se explica así la creciente aceptación entre los historiadores contemporáneos de la tesis que considera un error interpretativo centrar los orígenes de la Modernidad en España en torno a Feijoo.

La aseveración de Bachiller acerca de que el fundamento del pensamiento ilustrado que más tarde encontró ecos en la Isla se colocara en fecha tan temprana, asociado a la enseñanza de los jesuitas —que cuenta además con el aval indiscutible del prestigio de su autor— induce a un replanteo de la visión tradicional de la Ilustración Española, de modo que se reconozca tanto al primer grupo de ilustrados encabezado por Mayans, como a los *novatores*. Al mismo tiempo, sugiere un nuevo enfoque de la relación entre el pensamiento ilustrado y la Compañía de Jesús, cuya rivalidad en el siglo xviii, sobre todo en las esferas educa-

³ Ver: José Luis Abellán: *Historia crítica del pensamiento español*, t. III, Ed. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1979.

⁴ Antonio Mestre Sanchís: *Estudio Introductorio. Don Gregorio Mayans y Siscar: un sabio del siglo xviii*, en Biblioteca Valenciana Digital, DIGIBIS, Madrid, 2002 (en formato pdf).

cional y política, es de dominio público. De aquí que sea pertinente reconsiderar también lo que este binomio representa para la historia de las ideas en Cuba.

Lo anterior no contradice a la historiografía tradicional en cuanto a la existencia de dos generaciones fundamentales de ilustrados en la España del siglo XVIII: una primera generación, encabezada por Feijoo, considerado *el espíritu del siglo* porque a pesar de su admiración desmedida por la cultura gala y su derroche de fuentes extranjeras, reconoce el atraso de España con respecto al resto de Europa y la necesidad de buscar soluciones originales para propiciar su desarrollo cultural. Esta generación está integrada, además, por José Patiño, ministro en el reinado de Felipe V desde 1728 hasta su muerte en 1740, quien gozaba de gran influencia en la Corte y aspiraba a la aplicación de la estructura técnica francesa a la realidad española. La segunda generación, a su vez, tiene entre sus más notables representantes a Melchor Gaspar de Jovellanos, Pedro Rodríguez de Campomanes y Bernardo Ward, todos con gran influencia en la Corte de Carlos III y su régimen de Despotismo Ilustrado. Es a esta segunda generación a la que se le confiere el mérito de haberse planteado la cuestión de la transformación de su país a través de métodos propios y no de esquemas extranjeros.

La cuestión está en que el afrancesamiento del primer reformismo español y el papel jugado dentro de este por Feijoo no puede ser absolutizado, pues se pasaría por alto a un grupo de esa misma generación ilustrada, contraparte del tradicionalmente reconocido, legitimado por su proximidad a la más alta jerarquía política de entonces. Éste —también denominado «movimiento preilustrado»— contó con una dirección crítica, que paralelamente a Feijoo y su generación, e incluso antes, ya se proponía un proyecto reformador con carácter autóctono, que sin desdeñar al pensamiento francés y europeo en general, promoviera el rescate de la tradición intelectual de raíz hispánica.

El espíritu crítico de esos ilustrados, unido a la negativa de afiliarse a la Academia de Madrid, los llevó a todo tipo de fricciones con la Corte, a la persecución abierta y a una falta de apoyo económico oficial. Mientras, ellos se consideraban a sí mismos como un movimiento anterior y más riguroso que el de la Ilustración Borbónica, cuya propensión al ensayo valoraban como un signo de superficialidad. Específicamente entre Mayans

y el Padre Feijoo se da —aunque de carácter privado— una aguda polémica, en la que el laico valenciano le achaca falta de rigor científico e innovación a la obra del benedictino gallego, a pesar de reconocer sus méritos como divulgador de la cultura española e introductor de otros aspectos, de dimensión europea. Debido a fricciones políticas e ideológicas que van desde la reconocida fidelidad de los valencianos a los Austrias en la Guerra de Sucesión ante el advenimiento de los Borbones al trono español, hasta el anticlericalismo manifestado en ocasiones por Mayans, u otras cuestiones de carácter más subjetivo —aunque no por ello menos reales— que hoy también se valoran, como el complicado carácter de éste, ese grupo de pensadores ilustrados no solo no contó con un reconocimiento oficial en su época, sino que con frecuencia encontraron en su camino todo tipo de obstáculos y sus méritos fueron opacados en España por la exaltación que se hace de las aportaciones teóricas de aquellos que gozaban del favor real: primero Patiño y Feijoo, y más tarde los ministros de Carlos III. El primer grupo de intelectuales ilustrados, sin embargo, abonó el terreno y plantó las semillas que germinarían en el pensamiento de Feijoo y los pensadores de la segunda generación.

Tampoco pasa inadvertido el interés de muchos historiadores por resaltar el retraso de la Ilustración Española. Según apunta en otro momento Antonio Mestre, con pasión nacionalista, pero atendido a las circunstancias históricas hoy develadas, tal interés puede estar relacionado con «el deseo de exaltar el influjo de la nueva dinastía (borbónica), gozosamente compartido por los franceses que intentan ver en el resurgir español, la obra de la cultura gala».⁵

Esta situación explica la preponderancia que durante mucho tiempo se ha dado por la historiografía a la segunda generación de pensadores ilustrados, y a los afrancesados de la primera, cuyo discurso está legitimado por los monarcas de entonces, en detrimento de los reformistas valencianos, que se vieron relegados en su época por esas mismas pugnas políticas e ideológicas.

⁵ Antonio Mestre Sanchís: *Historia, fueros y actitudes políticas: Mayans y la historiografía del siglo XVIII*, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1970, Versión de la Biblioteca Valenciana Digital, en Gregorio Mayans Digital, ob. cit., Bibliografía (en formato pdf), p. 12.

En la nuestra, han tenido que esperar a que se esclarecieran los hechos y se les hiciera justicia. En consecuencia, su lugar en la historia del pensamiento español ha sido demostrada mucho más tarde.⁶

Del alcance latinoamericano de esos *adelantados* aún queda mucho por investigar. No es, desde luego, una tarea sencilla, pues de entrada, la aceptación de semejante perspectiva supone un giro de ciento ochenta grados en las concepciones actuales acerca de la plataforma teórica en que se sustenta el pensamiento latinoamericano decimonónico, el cubano en particular, y por consiguiente la ampliación de las fuentes que hasta hoy se han reconocido.

Aunque estos estudios han hecho correr ya mucha tinta, no debemos ignorar las verdades reveladas en los últimos cincuenta años. En todo caso, cabría preguntarse por qué hasta hoy no se ha tenido en cuenta por nuestros investigadores ese enfoque, que se encuentra ya definitivamente confirmado, documentado y aceptado.

No requiere de un gran esfuerzo recordar hacia dónde nos llevaban todos los caminos de las investigaciones sociohistóricas y filosóficas a fines de la década de los sesenta del siglo xx, y en los años que inmediatamente le sucedieron, momento en que justamente se producen los hallazgos que ponen en claro la valía del pensamiento *pre-ilustrado* español. Esos caminos no iban precisamente hacia España: no estábamos los investigadores cubanos de entonces al tanto de los descubrimientos más novedosos que tenían lugar en las Ciencias Sociales de la que otrora fuera nuestra Metrópolis económica, política y cultural. Tampoco estábamos al tanto de la Ilustración Española que, se-

⁶ Esa perspectiva, — que en cierta forma es intuitiva en su momento por Marcelino Menéndez Pelayo — se confirma definitivamente con las investigaciones realizadas a fines de la década de los sesenta del siglo xx, de manera independiente, por José María López Piñero, Vicente Peset, y Antonio Mestre Sanchís acerca de la Ilustración Valenciana, centrada en torno a la figura de Gregorio Mayans y Siscar. Ver: José M.^a López Piñero: «Los comienzos de la Medicina y de las Ciencias Modernas en España en el último tercio del siglo xvii», en *Actas del Segundo Congreso Español de Historia de la Medicina*, I, pp. 271-292, Salamanca, 1965; Vicente Peset: *Gregori Mayans y la cultura de la Ilustración*, Ed. Curial, Barcelona, 1975; Antonio Mestre Sanchís: *Ilustración y reforma de la iglesia: Pensamiento político-religioso de Don Gregorio Mayans y Siscar (1699- 1781)*, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1968.

gún las valoraciones de la literatura fundamental a que teníamos acceso la mayoría, palidecía ante el brillo del pensamiento francés del Siglo de las Luces. No era este un tema que causara muchas preocupaciones para los filósofos e historiadores de la Isla, ocupados como estábamos en la comprensión del Marxismo y de la Filosofía Clásica Alemana. Pero el haber llegado tarde a este conocimiento, que también en España encontró al principio no pocos detractores, no es suficiente razón para excluirlo definitivamente de nuestras investigaciones, aun cuando tenemos otros cánones, que hasta ahora han resistido la prueba del tiempo.

Por otra parte, entre los caminos básicos que permitieron el desarrollo cultural hispano del XVIII, además del ensayo – género literario cultivado por Feijoo – se sitúa hoy a la ciencia, y la historia-erudición. Ésta abre una nueva tendencia historiográfica en el pensamiento ilustrado español, la cual fue particularmente prolífica, convirtiendo así al género historiográfico en un tema de reiteración frecuente, lo que lleva al reconocimiento por un número creciente de especialistas, del siglo XVIII español, como *el siglo de la Historia*.

Gregorio Mayans se dirigió en 1734 al ministro José Patiño en una misiva, concebida como dedicatoria a las *Cartas morales, militares, civiles y literarias de varios autores españoles*, obra que el erudito le remitiera al político. La misma no obtuvo respuesta, por lo que la propuesta de que era portadora cayó en el vacío. En cambio, dejó constancia de la preocupación de su autor por los estudios de la lengua castellana, que incluyeran ortografía, gramática y retórica; de filosofía, centrados en la lógica, la dialéctica y la filosofía moral; de jurisprudencia, enfatizando en la necesidad de un cambio de método; de historia, abogando porque las investigaciones históricas no se limitaran a los acontecimientos épicos, sino que se les prestara atención a las historias civil, eclesiástica, etc., y que se rescataran y editaran los documentos originales, sobre todo de autores españoles, en aras de lograr un conocimiento más fidedigno de la Historia. Tales inquietudes se concretaban en una propuesta de publicar un *Diccionario de Voces Españolas Anticuadas*, un *Diccionario Etimológico*, un *Diccionario Español-Latino* y viceversa, otro de *Arte y Ciencias*, unas *Instituciones del Derecho Español*, otra de las *Leyes Ecle-*

siásticas, y cuanto documentos fuera posible, sobre la historia de España.⁷

Estas aspiraciones, ignoradas por las políticas oficiales, encontraron, en cambio, eco en la obra de otros autores que le sucedieron. Una de las respuestas de mayor calibre y trascendencia fue la del padre Enrique Flórez, quien en 1743 publicó un estudio que abre una nueva perspectiva historiográfica: la de la historia eclesiástica. Este mismo autor, en 1747 da a la luz el primer volumen de *La España Sagrada*, considerada la obra de ese género más reconocida e influyente de la historiografía española del siglo XVIII.

Al mismo tiempo, estos ilustrados se propusieron la ardua labor de llevar a cabo la edición crítica de cuantos documentos históricos originales pudieran encontrarse, así como la reimpresión y publicación de los escritos de los principales críticos del siglo anterior, los cuales a su vez, entroncaban con la obra de grandes eruditos españoles del siglo XVI. La crítica, como se sabe, es un componente inseparable de la Ilustración. Mayans fue quien por primera vez en España se identificó sistemáticamente con este método y el que lo puso en práctica de un modo riguroso. A la vez, y en correspondencia con su afán de volver a las fuentes originales, fue la persona que antes que todos sus contemporáneos españoles, salió al rescate de la herencia de los humanistas hispanos del siglo XVI: Fray Luis de León, Francisco Sánchez de las Brozas (el Brocense), y Juan Luis Vives.

El reconocimiento de la búsqueda del humanismo de raíz hispánica del siglo XVI por estos intelectuales, constituye una evidencia de que la Ilustración española en su primera etapa no fue una copia del modelo francés —aunque algunos pensadores hayan tenido esa tendencia— sino un movimiento original, movido por intereses propios, pues hace justamente lo contrario de aquéllos, que ignoraron y hasta desdeñaron al humanismo renacentista no italiano, por lo que, de tomar como referencia solamente a las fuentes francesas, jamás habrían encontrado los valores intelectuales de sus compatriotas del siglo XVI. Esto

⁷ Ver: Gregorio Mayans y Siscar: «Carta dedicatoria al ministro Joseph Patiño», en: *Cartas morales, militares, civiles y literarias de varios autores españoles*, J. de Zúñiga, Madrid, 1734.

pone de manifiesto —y es una tesis que cada vez encuentra mayor aceptación entre los investigadores— la deuda de la Ilustración española, y particularmente la valenciana con el erasmismo, y no solo con el calvinismo, como se ha afirmado tradicionalmente.

En Cuba, al igual que en España, el género historiográfico está considerado el más vigoroso a lo largo de la decimoctava centuria; las obras de este género están consideradas «lo mejor de la creación intelectual del siglo XVIII cubano».⁸ Es significativo al respecto, que entre los rasgos que caracterizan al pensamiento de esa época en Cuba, haya sido reconocido por los investigadores su sustrato católico, que se expresa en la elaboración de memorias y crónicas religiosas, el criollismo, la modernidad, determinada por los intereses clasistas de la oligarquía criolla enfrentada al centralismo de los borbones y también se ha afirmado la influencia del Despotismo Ilustrado, y del pensamiento ilustrado francés, particularmente el de Voltaire.⁹

Es indiscutible, desde luego, el impulso que imprimió a los estudios historiográficos en España el régimen del Despotismo Ilustrado, así como el peso de la obra de Voltaire tanto en la Península como en la Isla. No obstante, si bien no puede negarse la influencia del Despotismo Ilustrado en el pensamiento historiográfico criollo, tampoco puede dejar de reconocerse que el inicio de la producción de este tipo de literatura en Cuba, incluso de las obras más maduras como las de Ribera, Morell, o José Martín Félix de Arrate, es cronológicamente anterior a la etapa más fecunda del período que en el desarrollo de los estudios históricos en España en el siglo XVIII, se considera propiamente ilustrado, el cual se relaciona con la creación de este género literario, bajo el signo de las reformas de Carlos III; y por otra parte, su método —principalmente en el caso de Arrate— coincide con la metodología que se impone en el período de la historiografía española dieciochesca, basado en el método críti-

⁸Eduardo Torres-Cuevas: «Introducción. El pensamiento de la élite Ilustrada», en: Torres-Cuevas, Eduardo (compilación, introducciones, presentaciones y notas): *Historia del Pensamiento Cubano*, Volumen I «Formación y liberación del pensamiento cubano». Tomo 1. «Orígenes y formación del pensamiento cubano», p. 106, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

⁹Ver: Arturo Sorhegui: «Historiografía e Ilustración en Cuba», en *Debates Americanos*, (2): 87-91, La Habana, julio-diciembre de 1996.

co y de exigencia de fuentes documentales desarrollado por Mayans. Ese método alcanza gran resonancia en Cuba, justamente hacia la mitad del siglo, a pesar de que muchas veces las restricciones impuestas por La Corona impidieran a los pensadores autóctonos de las colonias consultar los documentos originales.

La presencia en la obra de Arrate tanto del interés por la búsqueda de fuentes documentales fidedignas, como del espíritu crítico, han sido reconocidos en los estudios historiográficos cubanos, pero en los mismos estos rasgos no se relacionan con el polígrafo valenciano, ni con la orientación que tiene la historiografía española en esos años, aunque resulta significativo que en *La llave del Nuevo Mundo antemural de las Indias Occidentales*, su autor se manifiesta abiertamente en contra del Deán de Alicante Manuel Martí, mentor de Mayans, punto que es comentado ocasionalmente por José Antonio Portuondo.¹⁰ La diatriba que establece el criollo con su contemporáneo alicantino, ocupa en su obra un espacio suficiente como para no dejarnos dudas acerca del conocimiento que tiene de las concepciones de éste.

Insistiendo en el tema de la inspiración de la historiografía criolla en la obra de Voltaire, sin descartar su posible influencia, hay dos detalles que no pueden pasarse por alto: existe una producción de corte historiográfico en Cuba anterior a la publicación en 1739 de *El siglo de Luis XIV*, de Voltaire, y por otra parte, está la observación acerca de la presencia en la obra de Morell de Santa Cruz de «una muestra de historiografía eclesiástica, ajena a los aires criticistas propiciados por Voltaire».¹¹ Esos aires, si bien eran ajenos al pensamiento ilustrado francés, atea y radical, como se sabe, eran muy familiares a la Ilustración española, y aunque la obra de historia eclesiástica más reconocida e influyente de esa época fue la *España Sagrada*, del Padre Flórez, cuyo primer volumen vio la luz, al igual que la obra de Morell, en 1747, la publicación en 1743 de *Clave historial con que se abre la puerta a la Historia eclesiástica y política*, que aunque comparada con su obra cumbre es un estudio menor, abre una nueva perspectiva historiográfica en este sentido. Al mismo tiem-

¹⁰ José Antonio Portuondo: «La emancipación literaria de Hispanoamérica», en *Cuadernos Casa*, (15): 10, Casa de las Américas, 1975.

¹¹ Arturo Sorhegui: ob. cit., p. 89.

po, no puede pasar inadvertido que la obra del Padre Flórez, constituye una respuesta del pensamiento ilustrado a la propuesta que hace Mayans en 1734 al ministro Patiño sobre la necesidad de la publicación de documentos de la historia eclesiástica española, y que la misma es el fruto de los consejos del propio Mayans a Flórez, quien le pide ideas de temas sobre los cuales escribir.¹²

Si se tiene en cuenta además, que entre otras obras de Mayans que se encuentran en la biblioteca de la Sociedad Económica Amigos del País de La Habana, en sus ediciones del siglo XVIII, está la mencionada carta dedicatoria a José Patiño, y aunque no consta que el documento se encontrara en la Isla antes de 1792, es un antecedente que merece atención, dadas las circunstancias valoradas. Valdría la pena también preguntarse, al calor de esta misma reflexión, hasta qué punto el rescate por el Obispo Morell de lo que hoy conocemos del *Espejo de Paciencia* de Silvestre de Balboa, puede ser el fruto de una mera casualidad, o es el resultado del interés del prelado —a tono con una de las tendencias existentes entonces en el pensamiento español por la consulta y difusión de documentos originales para la comprensión de la historia.

Con respecto a los jesuitas, estos conformaban en la España del siglo XVII hasta 1767 la minoría culta más importante del país. Su papel en la introducción de la filosofía moderna en las aulas universitarias es una cuestión reconocida. Su actividad científico-pedagógica alcanza el punto de máxima modernidad en la Universidad de Cervera, en Cataluña, la cual se destacaba por su esfuerzo de incorporar novedades al saber tradicional. Fruto de su modernidad, de sus preocupaciones humanísticas, mezcladas con el escolasticismo, que no obstante continuaba siendo su filosofía oficial, era su eclecticismo de carácter abierto, de actitud filosófica conciliadora. A esa universidad se le concede además el mérito de llevar a la Academia las discusiones científicas que tenían lugar en las tertulias, fuera de los muros de ésta, lo que constituye un indicador de que la concepción, que data del propio siglo XVIII, acerca de la oposición jesuítica a las luces dieciochescas, basada fundamentalmente en el espíritu escolástico de la enseñanza de éstos, no puede ser tomada al pie de la letra.

Los jesuitas, en efecto, fueron grandes opositores de la Ilustración, pero no todos los jesuitas, ni estos se opusieron a todo el

¹² Ver: Antonio Mestre Sanchís: «Mayans historiador», *Estudio crítico*, en Versión Digital (formato pdf).

pensamiento ilustrado. Con la expulsión de los padres de la Compañía de Jesús del territorio español y de sus colonias ultramarinas, se cortó, por tanto, una importante arteria de afluencia de la ciencia moderna, del humanismo y de la Ilustración.

Según Mariano Picón-Salas, en México «uno de los puentes que enlazan la época barroca con la pre-revolución que se advierte en el siglo XVIII, es el humanismo de los jesuitas»,¹³ lo que permite concluir que en América, al igual que en España, la génesis del pensamiento iluminista hay que buscarla también en el humanismo de raíz erasmiana que le antecedió, y no sólo en el materialismo de los siglos XVII-XVIII, ni en las posiciones científicas aportadas por el humanismo italiano del Renacimiento. Tal razonamiento explica, en buena medida, la esencia profundamente religiosa del pensamiento latinoamericano de los siglos XVIII y XIX, tan diferente del espíritu que caracterizó a la Ilustración Francesa, sin dejar de lado la búsqueda de los nuevos conocimientos científicos que caracterizaron al Siglo de las Luces, y por supuesto, no extraña que viniera de la mano de los padres de la Compañía de Jesús.

Es significativo para este análisis que entre los textos relacionados en el expurgo del colegio jesuita habanero, se encuentran junto a los textos de Melchor Cano y Feijoo, otros de reconocidos *novatores* como Tosca o Corachán, o de padres de la Compañía, conocidos seguidores de la línea de pensamiento preconizada por ese movimiento, como Losada, Pereira, Codorníu, entre otros.¹⁴ Una situación similar se aprecia entre los fondos ocupados por lo menos en algunos de los colegios mexicanos,¹⁵ lo que indica que además de dominar el pensamiento racionalista e ilustrado francés de los siglos XVII y XVIII, respectivamente, los jesuitas poseían un amplio conocimiento del pensamiento humanista, ecléctico y

¹³ Mariano Picón Salas: *De la conquista a la independencia*, pp. 163-164, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

¹⁴Ver: «Diligencias practicadas para la entrega de la casa que fue colegio de regulares de la Compañía de Jesús en esta ciudad (1773)», en *Boletín del Archivo Nacional*, (7): 40-60, enero-febrero de 1918. Para la relación de libros que se encontraban en bibliotecas jesuitas mexicanas, que son similares, ver: *México, Archivo General de la Nación. Documentos para la Historia de la Cultura de México; una biblioteca del siglo XVII; catálogo de libros expurgados a los jesuitas en el siglo XVIII*, 1947.

¹⁵ Ver: *México, Archivo General de la Nación. Documentos para la Historia de la Cultura de México; una biblioteca del siglo XVII; catálogo de libros expurgados a los jesuitas en el siglo XVIII*, pp. 8-55, 1947.

preilustrado español de esa misma época y que además lo enseñaban en América, probablemente con mayor libertad que como lo hacían en España, dada la distancia que los separaba aquí de la Corona y el Brazo Secular. Tampoco se debe olvidar que la manera moderna de entender la experiencia y la razón, puede tener —y tiene— diferentes significantes.

De cualquier modo, lo que sí es evidente es que el quehacer de los pensadores de la Isla en el siglo XVIII, se encontraba en sintonía con las tendencias más avanzadas del pensamiento de su época y tal vez a eso, más que a cualquier otra cosa de las que se han valorado, es a lo que se refiere Bachiller.

Esto nos llama a capítulo, acerca de la necesidad de un replanteo de los orígenes del pensamiento cubano y sus fuentes desde una perspectiva más amplia de la Ilustración Española, la cual ampliaría al mismo tiempo la concepción actual acerca de las dimensiones de nuestro siglo XVIII y con ello la visión, que todavía prevalece, de lo que fue la Ilustración en Cuba, tanto en su diapasón teórico y de personalidades, como en su ubicación cronológica. Ello permitiría considerar la hipótesis acerca de la validez también para Cuba, de la concepción aceptada por la historiografía española actual acerca de la existencia allí de una pre-ilustración y supondría repensar las fuentes ideológicas del pensamiento cubano, tanto externas como internas, en particular las ideas que matizan el ambiente intelectual anterior a la generación de 1792, de las que, al menos la línea historiográfica, es evidente que tanto por las referencias presentes en sus obras, como por la similitud de estilos y las preocupaciones temáticas, se encuentra muy cerca de ese movimiento pre-ilustrado español, liderado por Gregorio Mayans y los *novatores*, y por consiguiente, del humanismo renacentista de raíz erasmiana, tanto el que floreció al lado del propio Erasmo en los Países Bajos en el siglo XVI, como el que se desarrolló en España bajo su influencia.

A eso nos está convocando el cauce de las investigaciones internacionales y aunque, por desgracia, es un período del que no se conservan todos los documentos, con los que existen actualmente en nuestros archivos y bibliotecas hay aún mucha tela por donde cortar, si se enfoca al siglo XVIII español desde una perspectiva más amplia y desprejuiciada.